

# Prólogo

Cuando se vive en un pueblo pequeño, no hay mucho que hacer un viernes por la noche después de un partido de fútbol. Cuando comenzó la temporada, algunos de los estudiantes de último curso de mi instituto decidieron que sería buena idea quedar después de cada partido para encender una hoguera. En realidad solo era una excusa para poder beber y liarse con los demás: dos cosas que no me interesaban nada, pero igualmente iba siempre para poder pasar un buen rato con mis amigos.

Ahí es donde me encontraba esa noche.

La noche en la que me encerré en la oscuridad, donde mi cielo nocturno dejó de tener estrellas y mi día sol, y toda la esperanza hubo abandonado mi cuerpo.

Fue la noche que mi vida acabó.

Beau Bennett no estaba allí. Si hubiera estado me habría salvado, como siempre había hecho. Esa noche estaba castigado por haber llegado a casa pasado su toque de queda el viernes anterior; de hecho, ese fue el único fin de semana que recuerdo que Beau haya estado castigado.

Creo que la vida no es más que una serie de coincidencias, y esa noche las coincidencias me jodieron bien.

Me encontraba allí con Morgan, mi mejor amiga desde tercero de primaria. Por aquel entonces estaba saliendo con el delegado de último curso del instituto y no tuvo que pasar mucho rato antes de que desaparecieran entre la multitud y me dejaran sentada junto al fuego y a otros compañeros del colegio. Me sentía totalmente cómoda allí porque conocía a la mayor parte de esa gente desde que me mudé aquí con cinco años. Esa es una de las cosas buenas de vivir en un pueblo.

O eso pensaba.

Estaba sentada, abrazándome e intentándome darme el calor que la hoguera no podía, cuando Drew Heston se sentó a mi lado. El estómago me dio un vuelco. O sea, Drew era del último curso. Don Fútbol, como lo llamaba todo el mundo. Era el héroe del pueblo, la clase de chico que tendría su propio cartel publicitario fuera de la ciudad algún día. Tampoco ayudaba que fuera guapísimo con ese pelo negro y corto, esos ojos verde claro y esos hombros tan anchos.

Había estado encaprichada de él desde el primer día que entré por las puertas del instituto. Había algo en su forma de caminar por los pasillos, así con la cabeza bien alta, que llamaba la atención de todas las chicas, incluida la mía. Nunca había hablado con él, pero allí se encontraba, sentado a mi lado frente a la hoguera. No me lo podía creer. Estas cosas no le pasaban a Kate Alexander.

—Hola, Kate. ¿Qué tal? —preguntó con los ojos fijos en mi perfil.

No encontraba las fuerzas para mirarlo. El simple hecho de estar cerca de él me hacía perder toda comprensión sobre el idioma.

—Bien —murmuré, y me mordí el labio inferior. Un escalofrío me recorrió todo el cuerpo con la velocidad de un tren de cargamento cuando por fin alcé la mirada hacia él.

—¿Estuviste en el partido esta noche? —preguntó empujándome levemente con el hombro. Pude sentir el calor que emanaba de su musculoso cuerpo y aquello me hizo ruborizarme.

Mis pensamientos se desplazaron de nuevo hasta el tercer cuarto del partido, cuando Drew le lanzó el balón a la estrella receptora del equipo, Jackson Reid, que por entonces se encontraba rodeado de defensas del equipo contrario. El corazón se me aceleró de la emoción mientras veía cómo Jackson y tres miembros del otro equipo saltaban para agarrar el balón al mismo tiempo. Al final, Jackson salió victorioso porque Drew le había lanzado la bola directamente a las manos. Fue algo alucinante, y aun así para Drew aquello fue de lo más normal.

—Estuviste genial —contesté mientras me llevaba las manos a la cola y me la apretaba. Sopló algo de brisa y cayeron unas cuantas gotas

del cielo. Me froté los brazos en un intento de hacer que el frío abandonara mi cuerpo, pero no ayudó.

—¿Tienes frío? —preguntó, acercando su cuerpo al mío incluso más todavía. La forma en la que me miraba hacía que en el estómago me revolotearan mariposas. No es que fuera una marginada en el colegio, pero tampoco formaba parte de la élite, ni de las chicas populares con las que los chicos como Drew solían compartir su tiempo.

—Un poco. Me olvidé la chaqueta en casa —respondí, sintiendo unas cuantas gotas más caer sobre mi mejilla.

Él se puso de pie y me tendió la mano.

—Vamos. Tengo una sudadera de sobra en casa que puedes usar.

La fiesta se celebraba en su casa porque sus padres habían salido del pueblo ese fin de semana. Vacilé por un segundo antes de aceptar su mano. Sabía cosas de él, pero realmente no lo conocía. No era la primera vez que había estado en su casa, pero esta era la primera que me habían invitado a entrar. Me sentía un poco nerviosa, pero aun así confiaba en él. No tenía ningún motivo para no hacerlo.

Drew abrió la puerta principal sin rebajar la fuerza con la que me agarraba la mano y me guió a través de la casa. Mi atención se centró en los cuadros contemporáneos que colgaban de las paredes y en el precioso suelo de madera de cerezo; apenas me di cuenta de que nos dirigíamos a la planta superior.

Lo observé sacarse una llave del bolsillo para abrir una de las puertas que se encontraban en el pasillo de la primera planta. Él debió de haber notado la forma en la que lo estuve mirando porque las comisuras de sus labios se arquearon hacia arriba.

—No me gusta que nadie entre en mi habitación —dijo a la vez que abría la puerta.

Asentí y lo seguí al interior de la habitación. ¿Me sentía un poco incómoda entrando en el dormitorio de Drew Heston? Sí. ¿Pensé en algún momento que no debería estar allí? No. Nos relacionábamos desde hacía años y toda la gente que lo conocía pensaba lo mejor de él.

Cuando cerró la puerta y le echó el pestillo, sentí que mi corazón se aceleraba. Vi cómo echaba un vistazo por toda su habitación, a la

par que yo. Las paredes estaban pintadas de un color azul marino y tenía varios pósters de fútbol americano pegados en ellas. Y nunca olvidaré cómo olía todo, como si hubiera rociado su colonia para disimular el pestazo de su ropa de gimnasio sucia.

Drew se quedó quieto mirándome con un brillo extraño en los ojos y, de repente, sentí que estar allí no era una buena idea.

—¿Puedes buscar la sudadera? Debería volver antes de que Morgan venga y no me encuentre.

—Ah, sí. Dame un segundo —dijo mientras se movía para rebuscar en un cajón de su armario. Yo caminé hacia la ventana que había en la otra punta de la habitación y observé la hoguera medio apagada. La lluvia caía más rápido y fuerte contra el cristal y eso hacía que fuera más difícil mirar a lo lejos, pero parecía que todos se habían ido. Tenía que darme prisa en encontrar a Morgan antes de que se fuera sin mí.

La casa estaba en completo silencio, y aquello me hacía tener escalofríos. Cerré los ojos y escuché los pasos de Drew acercándose a mí. El corazón me latía más rápido cada vez que oía las suelas de goma contra las tablas de madera. Ahora todas mis alarmas me advertían de que era una malísima idea estar en su habitación y supe que tenía que salir de allí. Ir hasta su habitación no fue una buena idea... e ir a aquella fiesta sin Beau fue un error garrafal.

A la vez que sus pisadas siguieron acercándose, yo me giré sobre mis talones para dirigirme hacia la puerta. Me encontré de lleno con unos ojos oscuros y una mirada ausente. Este no era el mismo Drew que se había sentado a mi lado en la hoguera. Quería salir corriendo de esa casa y no mirar nunca atrás, pero él me bloqueaba el paso.

—Voy a esperar fuera. Tengo mucha calor aquí dentro —mentí haciendo un gesto hacia la puerta.

Él no pronunció palabra alguna mientras pegaba su cuerpo contra el mío y salvaba por completo el espacio que quedaba entre nosotros. Las manos me sudaban y las rodillas las sentía como si estuvieran hechas de papel. Era como si Drew estuviera en alguna especie de trance, y me acojonaba mucho.

—Drew.

—Está lloviendo fuera, Kate —dijo y levantó la mano para acunar mi mejilla. Retrocedí un paso para separarme de él, pero me siguió. No pasó mucho rato antes de que mi espalda chocara contra la pared de atrás y me quedara atrapada entre sus brazos.

—Umm... hueles muy bien —gruñó mientras presionaba sus labios contra mi cuello. Me sentí indefensa.

—Drew, por favor, suéltame. Tengo que encontrar a Morgan —sollocé. El cuerpo entero me temblaba de un miedo como nunca antes había sentido. Era paralizante, pero estaba atrapada.

Él me ignoró y movió sus labios por toda mi mandíbula. Giré la cabeza para luchar contra él, pero siguió mis movimientos.

—¿Qué pasa, Kate? He visto cómo me miras. Quieres esto tanto como yo —dijo con una voz ronca que metió mucho más miedo en mí ya tenso cuerpo. Usé la poquísima fuerza que me quedaba para empujarlo por el pecho, pero no se movió. Ni siquiera un centímetro.

—Suéltame —rogué. Su mano derecha me agarró la cadera con fuerza y sus labios se pegaron bruscamente a los míos. La potencia de su beso me envió un dolor punzante a través de la boca, y todo lo que pude saborear fue el gusto a mi propia sangre y al alcohol de su aliento.

Su mano encontró el borde de mi camisa y empezó a subírmela por el vientre. Intenté mover las piernas hacia delante pero él era muchísimo más grande y fuerte que yo. En cualquier caso, mis intentos de alejarlo solo estaban empeorando la situación.

Me agarró de las muñecas con fuerza y me tiró a su cama boca abajo. Intenté soltarme, pero solo conseguí que me dolieran las muñecas. Nunca me he sentido más aterrorizada en toda mi vida. Siguió sujetándome los brazos a la espalda y me inmovilizó las piernas con las rodillas.

—AYUDA —grité tan alto como el miedo y las lágrimas me lo permitieron.

Me tapó la boca con la mano y tiró de mi cabeza hacia atrás hasta que me dolió el cuello.

—Todo el mundo está fuera. Nadie va a oírte.

Eso era. Estaba atrapada debajo de él, sola y sin nadie que pudiera salvarme. Toda la resistencia que me quedaba en el cuerpo se esfumó y la posibilidad de que alguien me sacara de ese infierno se volvía más ínfima a cada minuto que pasaba. Las lágrimas me caían por las mejillas y empapaban su colcha mientras yo centraba toda mi atención en las gotas de lluvia que golpeaban la ventana. Me bajó los vaqueros a la fuerza hasta que quedaron colgando de mi tobillo izquierdo. Cuando lo oí trastear con la hebilla de su cinturón, sentí que ya no podía respirar. Nunca había estado tan expuesta ante nadie y no quería sentirme así nunca. Me estaba reservando para alguien especial y Drew iba a arrebatármelo. Jadeé en busca de aire pero no pude conseguir llenar mis pulmones. Intenté gritar otra vez pero no salió ningún sonido.

Lo sentí pegado a mi culo y aquella sensación hizo que quisiera vomitar.

—PARA —grité mientras intentaba de nuevo liberarme de su agarre, pero era demasiado fuerte.

Él se rió entre dientes a mi espalda.

—¿Vas a rendirte?

—No, por favor —le rogué otra vez. Era mi última oportunidad, y lo sabía. Él no respondió y cuando oí el sonido de la cremallera al abrirse, cerré los ojos con fuerza y comencé a rezar en silencio. Quería que todo fuera una pesadilla de la que me despertaría en breve. Quería que alguien entrara por esa puerta y evitara que ocurriera. Quería estar en cualquier otro lugar menos allí.

Pero nadie me escuchó esa noche. Podía oír el suave golpeteo de la lluvia al caer sobre la ventana mientras que el resto de la casa se encontraba en un silencio absoluto. Solía gustarme el ruido de la lluvia al caer, pero Drew también me arrebató eso.

Se adentró en mí tan rápido que el dolor me explotó por todo el cuerpo y lancé un grito ensordecedor a la oscuridad de la habitación. Apreté los ojos, me sentía como si me estuviera ahogando y no tuviera modo alguno de volver a salir a la superficie. Nunca he sentido un dolor físico y emocional tan intenso al mismo tiempo. Fue el peor momento de toda mi vida.

Todavía sigue siéndolo.

No paró. Ni siquiera cuando grité. Ni siquiera cuando lloré. Continuó invadiendo mi cuerpo con cada envite, matándome por dentro un poco más cada vez. Me dolía más si me resistía, así que me quedé quieta y seguí mirando aturdida a las gotas que se deslizaban por el cristal de la ventana. Él gruñó mientras proseguía haciéndome el alma añicos, pero intenté lo mejor que pude evadirme de todo. No necesitaba tener grabadas en mi memoria para siempre las palabras que soltara por esa boca cuando ya tendría que vivir con la sensación de tenerlo dentro de mí. Supe que ya nada sería lo mismo tras lo que me estaba haciendo.

No estoy segura de cuánto tiempo estuve en la habitación, pero lo sentí como una eternidad. Vi pasar mi vida entera en diapositivas cuando el dolor me derrotó. Siempre me arrepentiría, durante el resto de mi vida, de haber subido a esa habitación con Drew Heston. Nunca podría recuperar ese día ni todas las otras cosas que me arrebató.

Lo más importante que perdí esa noche fue a mí misma. Me llevó diecisiete años construir la base de todo lo que soy, y a él le llevó unos meros minutos echarla completamente abajo.

Lo odio.

La antigua Kate se ha ido... y ya nunca volverá.

Y siempre odiaré cada vez que llueve.





# 1

*Dos años después*

Nunca imaginé un día sin luz. Un día sin esperanza. Un día en el que nada me emocionara. Solía ser una de las estrellas del equipo de atletismo, pero ahora solo corría para huir de mí misma. Solía soñar con convertirme en abogada algún día, pero ahora no puedo siquiera mentalizarme para ir a la universidad. Solía tener un montón de amigos, pero ahora al único que tengo es a Beau... y mañana se va a la universidad.

Algunos días no quiero ni continuar viviendo siquiera. ¿Para qué? Durante un tiempo la gente me preguntaba que qué me pasaba, pero yo no se lo conté. No se lo contaría a nadie. ¿Para qué? ¿Quién creería que el héroe del pueblo me había violado? Soy Kate Alexander, la hija de la camarera que nunca se había casado. La chica que no sabía siquiera quién era su padre.

La familia de Drew tiene dinero, así que todos los vecinos piensan que caminan sobre el agua. De todas formas le habrían dado la vuelta a la tortilla diciendo que yo se lo pedí. No sé... quizá lo hice. Quizás hice algo que lo llevó a creer que quería tener sexo con él esa noche. La escena se me reproduce una y otra vez en la mente, pero no le encuentro ningún sentido.

Nada parece ya tener sentido para mí.

Vivir en un pueblo pequeño y ver a la persona que me lo arrebató todo caminar por los pasillos de nuestro instituto, conducir por mi calle, o entrar en el restaurante donde trabajo, casi me había matado. No podía comer. No podía dormir. No salía de casa a menos que tu-

viera que hacerlo por fuerza mayor, y había faltado a clase por supuesta enfermedad en primero de bachiller más veces que en todos mis años escolares anteriores juntos. Apenas vivía.

Me aterraba quedarme sola. Me aterraba que lo volviera a hacer. Esa visión perfecta que tuve una vez del mundo ya no existía y todo lo que quedaba era un montón de piezas rotas que no podía volver a pegar.

Cuando Drew se fue a la universidad al verano siguiente, respiré hondo por primera vez en casi un año. Empecé a quedar con Beau otra vez y poco a poco volví a ganar parte del peso que había perdido.

No obstante, todavía sigo atrapada en ese momento de hace dos años. No he averiguado cómo seguir adelante. ¿Cómo se supone que debo continuar con mi vida? ¿Se supone que debo fingir que todo va bien cuando no es cierto?

Prefiero estar sola en mi habitación, escuchando música mientras me quedo mirando absorta el techo. Soy capaz de señalar cada grieta, cada bulto o humedad. Me he pasado más tiempo mirándolo que durmiendo. No me gusta dormir porque cuando lo hago no puedo controlar a donde me lleva mi mente, y las pesadillas siempre son las mismas. Los *flashbacks* me agarran los brazos y me aprisionan tal y como lo hizo Drew esa noche. Quiero librarme de ellos. Quiero que me dejen en paz, pero no lo hacen y yo tampoco puedo obligarlos.

También odio cuando la gente me pregunta si estoy bien. Odio cuando me preguntan qué me pasa, o si pueden hacer algo para hacerme sentir mejor. No creo que nadie pueda arreglarme, sinceramente. Ojalá dejaran de intentarlo.

Mi madre es otra historia. Creo que sabe que algo no va bien, pero no se queda en casa el tiempo suficiente como para averiguar la verdad. Pero no la culpo. Tiene que trabajar en dos sitios diferentes para que podamos llegar a fin de mes; trabaja para poder cuidar de mí tal y como lo ha estado haciendo estos últimos diecinueve años, sola.

Cuando mis notas empezaron a decaer me preguntó más seria, pero yo le dije que el curso se estaba complicando mucho y que no le diera mayor importancia. Ella me preguntó por qué ya no venía Mor-

gan a casa y yo le dije que tenía un novio nuevo y que pasaba todo su tiempo con él. Eso también se lo creyó.

Cuando me pregunta si quiero ir de compras, le digo que no. Cuando me pregunta si quiero salir a cenar, le digo que no. Me aterra ver a alguien que no quiero ver.

Es más fácil esconderse.

Y el doloroso hecho de que Beau Bennett se vaya a mudar a cinco horas de distancia mañana me hace querer acurrucarme y llorar hasta que se me acaben todas las lágrimas. Lo he visto casi cada día desde que nos convertimos en vecinos con cinco años, y aunque las cosas no hayan sido las mismas entre nosotros últimamente, no me imagino la vida sin él. Lo es todo para mí aunque no pueda decirlo. Es la única persona en el mundo en la que confío que no me hará daño.

Fue el hombre de mis sueños durante muchísimos años.

Jugamos juntos cada día después del colegio en primaria. Por entonces solo era mi amigo, por supuesto, porque estaba pasando por aquella etapa en la que todos los chicos me parecían asquerosos, pero algo cambió a principios del instituto. Empecé a fijarme en cosas como sus preciosos ojos azules, su mandíbula firme... Me sentaba en clase y me lo quedaba mirando por detrás, fantaseando con hundir mis dedos en ese pelo castaño desgreñado.

Iba a casarme con Beau Bennett algún día, pero nunca pasó nada entre nosotros. Me asustaba demasiado dar el primer paso, y él siempre se encontraba demasiado ocupado persiguiendo a las chicas guapas del colegio. Solía tener esperanza en que quizás algún día me viera como yo lo veía a él, pero cuando por fin ocurrió, ya era demasiado tarde.

Ya no soy la misma chica. Nunca lo volveré a ser.

Los dos hemos tenido nuestros buenos y malos momentos. De hecho, la última vez que Beau y yo fuimos a algún sitio juntos fue a nuestra graduación. Solo de pensar en ello me ponía nerviosa con respecto a lo que hoy me deparará.

*Esta noche es mi graduación. No quería ir, pero Beau prácticamente me lo suplicó, diciéndome que era algo de lo que siempre me arrepentiría*

*si no iba. Quise decirle que había muchas cosas de las que me arrepentiría, pero faltar a mi graduación no sería una de ellas.*

*Al final, la persistencia de Beau surtió efecto y accedí a ir con él porque sé que si no voy, él tampoco irá. Gasté parte del dinero que me he ganado en el restaurante en un vestido nuevo porque quiero estar guapa para Beau. No quiero que se arrepienta de haberme elegido como su acompañante.*

*Cuando Beau pega a la puerta, estoy nerviosa pero a la vez un poco emocionada. Por una noche, voy a fingir que soy una chica adolescente normal y feliz. Me miro por última vez el pelo, castaño cobrizo y largo, en el espejo del pasillo y me estiro el vestido azul zafiro por debajo de las rodillas antes de abrir la puerta. Beau se me queda mirando con la boca abierta, y por un breve instante me pregunto si todo esto ha sido una buena idea.*

*Pero luego sonrío y toda duda me abandona.*

*—¿Lista? —pregunta, tendiéndome la mano. Está impresionante con ese traje negro y esa corbata azul que pega con mi vestido—. Ay, espera. Casi me olvido. —Saca una cajita y la abre para dejar a la vista un pequeño ramillete hecho de lilas blancas, mi flor favorita. Me lo desliza con cuidado por la mano, asegurándose de que las flores se quedan perfectamente alineadas con mi muñeca.*

*—Gracias —le digo, agarrándolo de la mano.*

*La noche va mejor de lo que esperaba. Pasamos la mayor parte del tiempo en la pista de baile, y cuando nos tomamos un descanso, Beau nunca se aparta de mi lado. Unas pocas personas se me quedan mirando; supongo que están sorprendidas de verme, pero no dejo que me afecte. Yo solía ser otra estudiante más, pero ahora me siento constantemente como si fuera una intrusa. Esta noche una pequeña parte de mí se siente como si formara parte del mundo otra vez.*

*—¿Quieres ir a la fiesta de después? —pregunta Beau cuando las luces se encienden y el director anuncia que esta es la última canción.*

*Niego con la cabeza. Ya he cruzado bastantes límites por esta noche y no quiero tener que enfrentarme a todos mis antiguos amigos. Siempre me he sentido como si la gente me juzgara y lo odio.*

—¿Quieres venir conmigo al lago? —pregunta envolviéndome los hombros con su brazo.

¿Quiero? Este es el momento más feliz que he tenido en casi dos años y sé que no durará para siempre. Una vez que tenga tiempo de pensar de nuevo, la escapada momentánea con Beau terminará. La realidad siempre encuentra la forma de absorberme una y otra vez.

Asiento al tiempo que entramos en su camioneta y bajamos las ventanas. Conducimos en silencio mientras el viento me mueve el pelo y la música country suena bajita en la radio. Ojalá todos los momentos de mi vida pudieran ser como este. Me siento libre, segura, y más que nada, siento una parte de la antigua yo resurgir al presente.

Paramos cerca de la playa y Beau coge una manta de lana de los asientos de atrás antes de bajarse de la camioneta y rodear el vehículo para abrirme la puerta. Nos dirigimos hacia el lago y extendemos la manta a un metro de la orilla. Solo estamos en el mes de mayo y el aire todavía es fresquito cuando nos sentamos el uno al lado del otro. Inspiro el maravilloso olor a humedad que el lago produce y disfruto de la tranquilidad que me da. La brisa nos acaricia y empiezo a temblar.

—¿Tienes frío? —pregunta Beau.

—Sí, no hace tanto calor como pensaba —digo a la vez que me abrazo las rodillas. Beau se quita su chaqueta y me la coloca sobre los hombros. Es una de las cosas que más me gustan de él; siempre piensa en los demás antes que en sí mismo.

Seguimos observando el horizonte, escuchando el susurro de las hojas con el viento y el leve sonido de las olas al romper en la orilla. Se está tranquilo aquí. Si la vida me lo permitiera, me habría quedado encerrada en este momento para siempre, especialmente si eso significaba que podía borrar todos los demás.

—¿Has cambiado ya de parecer con respecto a la universidad? —pregunta, rompiendo el silencio.

No he cambiado de parecer. No me lo he pensado ni dos veces. Y tampoco es que importe; no preveo ningún futuro para mí.

—No, me quedo aquí al menos este año.

—*Ojalá cambiaras de idea. Tienes muchísimo que ofrecer, Kate. Deberías dejar que el mundo lo vea* —dice con los ojos fijos en el agua.

—*Ahora mismo es que no puedo* —susurro tragándome las emociones.

—*Algo te ha cambiado y voy a seguir investigando hasta que averigüe qué ha sido.*

*Ladea la cabeza en mi dirección y nuestros ojos conectan. Quiero decirle que la antigua Kate ya no va a volver, pero ya hemos tenido esa conversación antes. Solo hará más preguntas que no quiero responder.*

—*Lo siento* —digo, y aparto la mirada.

*Los párpados comienzan a pesarme, así que me tumbo de espaldas y me abrazo firmemente con su chaqueta. Cierro los ojos y me centro en el sonido de la naturaleza para evitar pensar en otras cosas. Cuando siento a Beau contra mi costado, abro los ojos y lo veo mirándome con la cabeza apoyada sobre una mano. Su cabeza se acerca a la mía y siento cómo el corazón me late con fuerza en el pecho. Cuando noto su cálido aliento contra mi boca, cierro los ojos y sus labios rozan los míos. Su contacto es cálido y suave, y no puedo evitar hundir mis dedos en su pelo. Estoy intentando hacer que un antiguo sueño se haga realidad.*

*Me permito perderme en él. Por un momento, me siento como si fuéramos las dos únicas personas vivas del planeta y no importara nada más. Siento como si hubiera una pequeña oportunidad de que me olvide de todo y pueda estar con él así para siempre, pero cuando se inclina hacia mí y coloca su cuerpo sobre el mío, el miedo me atraviesa todo el cuerpo. Mi mente retrocede hasta Drew y los dolorosos recuerdos comienzan a reproducírseme en la cabeza a la vez que le propino un empujón en el pecho.*

—*¡Para!* —grito y me giro hacia el otro lado.

—*¿Qué te pasa? ¿Qué he hecho?* —El dolor que escucho en su voz hace que el corazón me dé un vuelco. Esto es por mi culpa, no por la de él.

*Cuando sentí el cuerpo de Beau sobre el mío, pude ver la ira en los ojos de Drew y sentir cómo sus dedos se me hincaban en la piel. Yo solo quiero que los recuerdos desaparezcan.*

—*Joder. Kate, por favor, ¡di algo!* —dice Beau con voz contrita.

*Yo me encojo y me protejo el vientre con los brazos.*

*—¿Puedes llevarme a casa y ya está?*

*Quiero contárselo. Quiero contárselo a alguien, pero no puedo.*

*Se pone de pie frente a mí con los brazos doblados detrás del cuello. Yo retrocedo hasta asegurarme de que hay una distancia prudente entre nosotros.*

*—¿Me vas a decir por lo menos qué te pasa? No puedo seguir viendo cómo te alejas cada vez más de mí.*

*—Solo llévame a casa, Beau —susurro antes de empezar a caminar en la dirección de la camioneta. Cuando lo oigo llamarme, me paro y giro el cuello para volverlo a mirar.*

*—No puedo seguir así. ¿Por qué no me hablas? ¡Dame una razón! —grita tirándose del pelo.*

*—No quieres oírlo. Créeme —le contesto con la mano sobre la boca. Solo pensar en contárselo todo hace que la bilis se me suba a la boca del estómago. Nadie quiere oír que la buena de Kate no es lo que piensan que es. La han dañado.*

*—No te creo —dice lleno de cansancio y frustración—. Nada de lo que me digas cambiará lo que siento por ti. Nada.*

*Sacudo la cabeza y empiezo a caminar otra vez.*

*—¡Kate, vuelve aquí! —grita. Una parte de mí quiere. Una parte de mí quiere volver con él, rodearle el cuello con los brazos y no dejarlo escapar nunca, pero no puedo.*

*Lo ignoro y me subo a la camioneta mientras veo que se ha quedado mirando fijamente el agua con las manos en las caderas. Lo llegué a querer mucho en el pasado, pero se merece muchísimo más que el armazón de lo que una vez fui. Lo observo coger un pedrusco y lanzarlo al agua antes de hacer una enorme bola con la manta y encaminarse de vuelta a la camioneta.*

*Le estoy temiendo al camino de vuelta a casa, que será silencioso e incómodo, pero cuando le atiza una patada a la rueda delantera izquierda antes de subirse al coche, sé que puede que esta vez lo haya presionado un poco demasiado. Él ha intentado averiguar muchas veces lo que me pasó a lo largo de estos dos últimos años, pero esta es la primera ocasión*

*que me besa. Bien mirado, he rechazado a la única persona en la que debería estar apoyándome.*

*Se sienta en la camioneta y cierra la puerta de un portazo. Quiero mirarlo, pero no consigo hacerlo.*

*—Lo siento —susurro.*

*No estoy segura de si me oye porque no me responde.*

*Mientras me lleva a casa parece estar perdido en su propio mundo, y sé que yo he sido la que lo ha enviado allí. Quiero que sea feliz, pero yo no soy la persona que puede garantizarle la felicidad.*

No vino a casa durante los seis días siguientes. No me llamó ni me mandó ningún mensaje de texto. Pensé que por fin llegó la vez en la que lo había alejado definitivamente de mí, pero al séptimo día pegó un golpe en mi puerta y me volvió a demostrar por qué es el único chico en el que puedo confiar.

Desde esa noche, Beau y yo volvemos a tener la misma relación que hemos tenido durante los dos últimos años. Lo mantengo lo bastante cerca como para sentirnos cómodos, pero a la vez lo bastante lejos como para no dejarlo ver en mi interior. Aun así siempre parece que pueda leerme, y lo quiero y lo odio por ello.

Tampoco hemos vuelto al lago desde aquella noche. De hecho, no hemos ido a ningún sitio. O bien nos quedábamos en su casa o en la mía. Quizás es porque tengo miedo de lo que pueda pasar entre nosotros si nos quedamos solos. Quizá tengo miedo de lo que pueda contarle si intenta insistentemente atravesar mis muros. Tengo miedo de todo estos días.

Este puede ser uno de los últimos días que tengamos la posibilidad de compartir en bastante tiempo, así que accedí a ir al lago con él. El lugar conservaba muchos buenos recuerdos de mi pasado, y no pude evitar pensar que lo que ocurrió la última vez también podría haber sido otro. Tengo muchísimos momentos a los que me gustaría aferrarme para siempre, pero me temo que siempre se quedarán en un segundo plano por culpa de ese recuerdo horrible del que no puedo deshacerme.